

Un día en la vida de Kant

Ernesto G. D'Amico

[...]

El cuerpo de Kant era de constitución débil, de naturaleza enfermiza. Kant decía sentir un dolor, una presión bajo el pecho, en la boca del estómago, que no cesaba nunca. También decía que nunca había necesitado de cuidado médico. Entendía que su salud y su ancianidad eran el producto de sus propios y continuos esfuerzos. Entendía su “salud” no como una ausencia de dolor, sino como una alegría nacida de la conciencia de sus actividades vitales. Porque –dice– se siente alegría más con aquello de que se *hace* libre uso que con aquello de que se *goza*. Así el trabajo intelectual opone una sensación vital a dolores que sólo importan al cuerpo; se puede sentir una constante e intensa opresión de pecho, mientras en la cabeza reina la serenidad. Algo similar decía Epicuro a Idomeneo: los dolores de mi estómago y vejiga son extremos, pero a ellos se opone el gozo del alma por el recuerdo de nuestras pasadas conversaciones filosóficas.

[...]

Conocer un día en la vida de Kant es tener una idea bastante aproximada de cómo vivió. Porque ese día se repite infinitamente.

Las acciones se inscriben en una rutina. Sólo algo demasiado importante puede alterar esta “regularidad matemática”: sólo dos veces dejó de hacer su itinerario habitual: una para quedarse leyendo el *Emilio* de Rousseau; otra para recibir anticipadamente la prensa francesa que traía noticias de la revolución. La repetición alcanzó incluso los gestos mínimos en los últimos días de Kant: se aflojaba y ataba el pañuelo del cuello o el cinturón de la bata veinte veces en un minuto.

[...]

En las lecciones conocidas como *Pedagogía* Kant habla de la importancia de la disciplina. Y hay que tener en cuenta la importancia de esta palabra, *disciplina*, también en su vida. Kant decía que una cama dura es mucha más sana que una blanda, y asimismo, que una educación dura (que impide la comodidad) hace fuerte al hombre. No son buenos los cuidados excesivos ni abrigarse demasiado. Incluso en invierno, la habitación ha de ser fresca, frías las bebidas y fríos también los baños.

La disciplina es una coacción; es la sumisión de la animalidad, esto es, de la independencia respecto de las leyes. Su función es negativa: *borrar* del hombre (individual y social) la animalidad. Bárbaro –y no libre– es quien sigue todos sus caprichos. La disciplina impide que el hombre, llevado por sus impulsos animales, se aparte de su destino, la humanidad. La barbarie o falta de disciplina es peor que la falta de cultura (necedad), porque la cultura puede adquirirse más tarde, pero la barbarie no puede corregirse nunca. La disciplina no es esclavitud, o no debe convertirse en esclavitud. En esta coacción, la libertad debe sentirse siempre. El

hombre debe sentir que así se lo conduce a un buen uso de su libertad. La disciplina es el plan de conducta que ha de construirse el hombre a partir del hecho de que no tiene ningún instinto.

Kant se dormía a las diez y se levantaba a las cinco. El sueño no debía durar más de siete horas. Kant adapta al sueño un principio turco sobre la predestinación en relación con la comida: desde un comienzo le fue atribuido a todo hombre su cantidad de sueño, por lo tanto aquel que haya consumido demasiado sueño durante su vida (más de una tercera parte) no dormirá mucho tiempo, o sea, no vivirá mucho tiempo.

Cinco minutos antes de las cinco escucha la voz militar de Lampe: “!Señor profesor, es la hora!” Lampe había servido en el ejército prusiano y al licenciarse entró al servicio de Kant. Kant se levantaba a las cinco. Desayunaba con dos o tres tazas (a veces más) de té muy flojo. Luego fumaba una pipa de tabaco, la única que se permitía en todo el día. A las siete daba sus lecciones. Regresaba a las nueve. Entre las nueve y la una se ocupaba de sus trabajos.

Creía que la filosofía o el simple filosofar combaten las sensaciones patológicas. Resarcen muy bien, por ejemplo, de las debilidades corporales de la vejez. Las facultades afectivas se *agitan*, adquieren interés en su propia actividad; se hacen fuertes e íntimas, no permitiendo que se estanque la fuerza vital, y esto es un medio de defensa contra ciertos sentimientos desagradables -mediante una apreciación del valor racional de la vida. Lo mismo ocurre con toda actividad que ofrezca perspectivas nuevas para la ampliación de los conocimientos. Por ejemplo, las matemáticas. La idea de progreso rejuvenece y prolonga la vida.

También las mentes limitadas pueden vivir bien y mucho, mediante los “simples juguetes”, o sea, quehaceres que llenen el tiempo, para no morir de aburrimiento. Un hombre ya muy viejo, tenía gran interés en que los muchos relojes de sobremesa que había en su habitación sonaran siempre uno detrás de otro, pero nunca dos al mismo tiempo. Otro se mantenía ocupado con el mantenimiento y cuidado de sus pájaros. Una anciana llenaba el tiempo en la rueca hablando insignificancias.

El *reposo después del trabajo* es el mayor goce sensible, dice en la *Antropología*. No se confunde con la pereza, que es la propensión al reposo sin trabajo anterior. Es preciso engañar la natural inclinación a la comodidad, matar el tiempo conversando, interviniendo en algún juego pacífico y sin finalidad, cultivando las bellas artes o el espíritu. Porque la comodidad, por el aburrimiento, es causa del sentimiento de repugnancia de la propia existencia.

Kant almorzaba a la una. Una menos cuarto en punto se levantaba de su sillón y tomaba una copa de vino de Hungría o del Rhin, un cordial, o el compuesto inglés llamado “Bishop”.

En 1798 Kant tuvo su casa propia e invitaba diariamente a su mesa a algunos amigos, tres, cinco, nueve. Por principio debían ser diez, sin contar al anfitrión. La compañía no debía estar por debajo del número de las *Gracias* ni por encima del de las *Musas*. ¿Para qué? Para que no se estanque la conversación. El anfitrión -y a Kant le gustaba serlo- debe hacer que la conversación se mantenga en marcha constante, remediando

cualquier contingencia desagradable que pueda surgir y que hace que nadie se atreva a proponer algo nuevo.

La sobremesa se prolongaba desde la una hasta las cuatro o cinco de la tarde. La mesa constituía los placeres sensuales y los sociales. Dice en la *Antropología* que una buena comida en buena compañía concuerda con la humanidad. La humanidad es la combinación, en la práctica, del bien físico y el bien moral; une el bien vivir con la virtud en el trato social. La combinación proporcionada de ambos bienes proporciona una felicidad pulida. Es así que en la mesa puede insinuárenos cotidianamente nuestro destino.

En cuanto a lo sensual, Kant exigía carne tierna, buen pan y buen vino, en los primeros años tinto, posteriormente blanco. La vejez –creía– exige comidas fuertes y bebidas estimulantes.

Después de comer, venía el café. En el momento de ser avisado, el sirviente debía echar el café en el agua, y para eso ya tenía que estar molido y el agua hirviendo. Porque, decía el viejo Kant, el café debía ser traído “en el mismo instante”. Se le hacían interminables esos instantes que había que esperar para darle el tiempo de hervir. Había perdido por completo la medida del tiempo, lo que se tradujo en impaciencia. Un breve lapso tenía para él una duración excesiva. Los amigos le decían: “Querido profesor, van a traer el café al momento”. Kant respondía: “¡*Van* a traer! Eso es lo malo, que *van* a traerlo.”

De todos modos, había una prioridad de los placeres sociales por sobre los sensuales. La “pequeña sociedad de la mesa” ha de tener por fin el deleite social. La satisfacción corporal es sólo un medio. La sociabilidad es una virtud, y se distingue de la *inclinación* al trato social, del goce del trato social que se realiza fastuosamente con prodigalidad, que es una falsa sociabilidad, una pasión, un bien vivir que quebranta la humanidad.

Es importante estar acompañado en la mesa, además, por razones de salud; para no pensar. El tiempo de la comida está dedicado a la restauración. En una comida sin compañía, el estudioso tiende a ocuparse con un pensamiento determinado o con la lectura de libros. Es una de las formas del “pensar a deshora”. Cargar la cabeza y el estómago con dos trabajos al mismo tiempo produce hipocondría. La fuerza vital se desvía del estómago, al que se molesta, por el trabajo de la cabeza. Es preciso una *dieta en el pensar*. Ésta prescribe paralizar, mediante el firme propósito, el pensamiento intencionado, y dejar que la fantasía actúe libremente. Y la compañía lo favorece.

Después de la mesa, iba Kant de paseo. El paseo es un momento dedicado a la restauración y al ejercicio. Caminaba una hora, despacio y solo. No es tiempo de compañías, ni de pensar. Ocuparse con un pensamiento determinado al andar es otra forma del pensar a deshora. Produce mareo. La fuerza vital es desviada, ahora, de los pies. Los estudiantes no pueden evitar entretenerse con la meditación en paseos solitarios; “pero he experimentado en mí mismo y oído a otros a quienes pregunté, que pensar de firme *paseando* debilita rápidamente.” Igual que al comer, hay que dejar que la fantasía actúe libremente. “El paseo al aire libre tiene precisamente la misión de *relajar* la atención sobre cada objeto particular mediante el cambio de los objetos.” El paseo es saludable, además, porque se puede beber el aire atmosférico a

grandes tragos, lo que refuerza la sensación de vitalidad. Pero esto se produce sólo si se inspira por la nariz con los labios cerrados, y no aspirando con la boca abierta. Por eso es de la mayor importancia dietética *habituarse* en el paseo a respirar por la nariz.

Al regresar Kant se sentaba a su mesa de trabajo hasta la noche. En su vejez, no cenaba. Si en la juventud conviene consultar el hambre y la sed, en la edad avanzada, en cambio, no es conveniente tomar más de una comida en veinticuatro horas. El estímulo a cenar después de una comida suficiente a mediodía es una sensación patológica, dominable. La vejez rehúsa las comidas sólidas en cantidad y los líquidos en cantidad –sopas o demasiada agua. Además, no se duerme bien con tanta agua porque con ello se reduce el calor de la sangre. Se trata, entonces, mediante el firme propósito, de no ceder inmediatamente al acceso de sed.

Kant esperaba la llegada del sueño –decía- empaquetado como un gusano de seda en su capullo, porque se envolvía en una manta, y cuando el frío era intenso usaba dos o agregaba un edredón. El sueño debía llegar precisamente a las diez, sin dilación. Kant había comenzado a padecer insomnio. Tres, por lo menos, eran las causas: sostener un pensamiento excitante, la tos y la sed. Estas últimas se presentaban poco después de apagar la luz y echarse en la cama. El sentimiento patológico del insomnio fue vencido. El consejo dietético general contra el insomnio es *desviar la atención* del objeto en cuestión y fijarla, con esfuerzo y mediante el firme propósito, sobre cualquier otro. Un cuarto de hora antes de dormir procuraba apartar todo pensamiento. Si se desvía la atención de todo pensamiento excitante, y se la fija sobre cualquier objeto (Kant lo conseguía fijando sus pensamientos, por ejemplo, sobre las muchas ideas que contiene el nombre “Cícero”) brota paulatinamente una confusión de las imágenes; la conciencia entra en el juego involuntario de la fantasía, o sea, en el ensueño. De igual modo había conseguido desviar la atención del estímulo de la tos. Y en cuanto a la sed, en vez de ir a oscuras a otra habitación buscando a tientas la jarra y el vaso, consiguió, con gran esfuerzo, *beber* aire por la nariz, respirando fuerte varias veces elevando el pecho, y en pocos segundos la sed desapareció completamente. De todos modos, si por la noche tenía necesidad de levantarse y salir de su habitación, tenía para guiarse una cuerda que ataba cada noche a uno de los barrotes de la cama y conducía a la habitación contigua. Y así cada pequeña acción, cada pequeño gesto, respondía a un plan.

Aquí termina un día en la vida de Kant.